

LIBROS

«**Els Fugitiús**», Novela de Xavier Benguerel. — Biblioteca Selecta. — Editorial Selecta. — Barcelona, 1956.

Xavier Benguerel ha dado una nueva muestra de sus excelentes cualidades con la publicación de esta novela con la que Editorial Selecta ha enriquecido más aún su ya rica lista de títulos valiosos. En ella se nos antoja que el autor se ha propuesto presentar un tipo genérico más que un tipo individual, la tragedia íntima «del fugitivo» más que la de «un fugitivo» determinado, y por ello no llega a la despiadada disección a que llega, por ejemplo, en «El testament» o en «L'home dins el mirall» en que el estudio es estrictamente individualístico. En «Els fugitiús» el protagonista es la concreción, en un hombre sensible, de la tragedia íntima de muchos hombres, reuniendo en él las características de angustia, de derrota material y espiritual, de anodamiento, que tantos hombres han experimentado en nuestros atormentados tiempos cataclísmicos. Y todo ello con un fondo difuminado de resignación, de fatalidad, sobre el cual transcurre la vida del fugitivo cuyo sino ya no parece ser otro que el de la huída constante a través de tierras y mares llevando siempre en el alma la nostalgia y el deseo indomeñable del retorno. Benguerel ha sabido centrar perfectamente el tema y hallar su plasmación adecuada y viva en Joan Pineda. Y así comunica al lector el clima angustioso del hombre desplazado en constante zozobra, en constante congoja. Todo en ella es de un gran dramatismo pero contenido y dulcificado por el velo de la resignación. La situación en que tuvo la suerte de hallarse el protagonista, lejos de mitigar su dolor moral le hace sentir, por contraste, más vivo aún si cabe el drama íntimo de su desplazamiento que al no participar de la tortura física deja más expedito el camino a la tortura moral.

Todos los personajes que desfilan por la obra tienen vida propia, viven sus problemas según la propia idiosincrasia y están magníficamente defi-

nidos. El autor ha resuelto también perfectamente el claro-oscuro de los contrastes pero estos contrastes, así como la persistente amargura y el intenso dramatismo que campea en toda la obra, lo mismo que paisajes, figuras, sentimientos y aún la misma muerte de Silvia, tienen aquel velo de resignación, de «pagar fins a l'última moneda», de saldar la cuenta. Intenso pero contenido dramatismo. Y el fatal designio del fugitivo: «fugir sempre».

Nuevamente debemos afirmar que Benguerel es un novelista de cuerpo entero. Dos obras tan próximas —por lo menos en la publicación— y tan distintas como «El testament» y «Els fugitiús», una dura, cruel, otra bañada siempre de una luz difusa que suaviza aristas y contrastes, son testimonio de que el autor domina todos los recursos de la novela. Y ni siquiera por asomo roza el melodrama a pesar de que el tema de «Els fugitiús» hubiera tentado a más de uno a deslizarse por el camino fácil de las concesiones y los tópicos. Esta contención en el dramatismo que es íntimo y no espectacular, nos ha parecido una de las características más nobles de esta obra. Obra voluminosa, con una inteligente dosificación de sus ingredientes, no desfallece ni un instante y con sus tintas de fino cromatismo dramático mueve una profunda corriente de franca comprensión en el ánimo del lector.

Jordi.

«**Un camí**». — Novela de Noel Clarasó. — «El Club dels novel·listes». — Aymá Editores. — Barcelona 1956.

El segundo volumen de «El Club dels novel·listes» reafirma la recta y acertada trayectoria de esta organización. Esta vez es Noel Clarasó quien ha llenado las trescientas páginas del libro con su profunda observación y con el mundo de sus ideas. Obra para pensarla, tiene —como ya advierte el autor— su tesis. Una tesis personal, claro está, y extraordinariamente sugestiva si es que, en realidad, la hemos sabido encontrar entre la «nonchalance» semi-humorística, semi-seria, de Clarasó. No sabemos a ciencia cierta si ha publicado otras obras en catalán

—aunque creemos recordar que si— pero con esta se ha instalado en un lugar preferente de la literatura vernácula. ¿Novela filosófica? Puede llamársele así. ¿Novela psicológica? También puede llamársela así. Pero en resumen, libro. Con todo lo que puede simbolizar un libro como expresión del pensamiento. O sea, «pensamiento» en fin. Creemos que esta es, quizá, la mejor manera de definir su obra. La técnica es correcta, quizá un poco insistida en ciertos aspectos del personaje central, pero esta insistencia se explica por ser, sino indispensable, por lo menos casi necesaria para valorar debidamente la ulterior evolución de este personaje que, en su ficción, es vivo, tiene sus problemas e incluso tiene su felicidad. Y la felicidad la encuentra en la satisfacción íntima de su yo, sin proyecciones externas y sin influencias extrañas a su propio modo de ser, sin preocupaciones ultraterrenas de ninguna especie, sin proponerse ser bueno por la bondad misma o para alcanzar un premio, sino por la propia e íntima satisfacción de su subjetivismo. El personaje «daría el cielo» por hacer bien, pero así, para hacer bien sin más complicaciones, porque le sale del alma y satisface su yo, sin importarle nada tener o no tener el cielo para sí; por eso halla en ello, en el acto mismo que ejecuta, la felicidad. Y no es santidad, por lo tanto, como él mismo dice. Es satisfacción de un egoísmo — en el sentido más lato y noble de la palabra— que en él es hacer el bien, es amar al prójimo aún contra el mismo prójimo— «hi ha poca gent que es deixi estimar», dice— y en otros será otra cosa como por ejemplo la satisfacción de instintos más o menos confesables o del ansia de poder o de triunfo aún a costa de los demás. Sería como la absoluta necesidad de satisfacer un afán biológico. En el mundo —dice— hay dos clases de gentes: los que saben dar y los que no saben dar. Eso es todo. De los dos caminos sigue uno, el suyo propio, inalienable, inmanente, cuando lo encuentra. Y entonces es feliz. Mientras vaga por el mundo sin dar con él es un hombre desgraciado, descentrado, desplazado. Es «un camí» el suyo. Queda el otro,

el que será de otro y en el que este otro también hallará su felicidad. La felicidad estribaría en esto: en la coincidencia de las apetencias innatas del propio yo con el camino que sigue. Para los demás, para los que no son él mismo, para esos que «tots som germans, fills de Déu» —concepto que él no comprende ni le interesa comprender— depende que el sujeto encuentre su camino —su coincidencia íntima con el yo— en el saber dar o en el no saber dar, en el bien o en el mal. De ello, de esta coincidencia, es decir, de su propia satisfacción que es su felicidad, dependerá que sus acciones con respecto a los demás sean buenas o malas según que su modo de ser preestablecido le haga encontrar la felicidad en uno u otro camino, ese camino que inconscientemente busca, que biológicamente necesita, su propio, personal y único camino. Mientras no se establezca esta coincidencia, mientras no encuentre su camino, será un ser anodino, intranscendente, ni bueno ni malo, abúlico e inútil incluso, como tantos existen, inadaptados e incapaces de desarrollar el germen que en sí llevan y por ello sin poder dar con la propia felicidad. Entonces, en última instancia, lo que determina las buenas o malas acciones del hombre sería algo cósmico, innato, algo que no podemos modificar? ¿Estaría aquí la raíz de la gran virtud del arrepentimiento y del perdón?

El personaje central de esta obra es evidentemente una ficción, pero una ficción viva, con dolores, anhelos y felicidad en la carne y en el alma. Personaje de farsa al servicio de una tesis que si es lícito usar en el teatro también lo es usarlo en el libro. Por lo demás, contiene un personaje inefable: Favià. Y personajes profundamente humanos como la simplista enfermera de la pierna de palo y otros muy reales y muy bien diseñados como las tres Martas. Bien construida, con mantenido interés y con un estilo y lenguaje fluidos y aquella «nonchalance» que dan la sensación de no haber sido forzado nunca el trabajo intelectual, esta novela de Clarasó reafirma su indiscutible personalidad.

Jordi.